

Alerta, alerta, compañeros!...

POR J. GARCIA PRADAS

A situación es gravísima, más difícil y apurada cada día. Los Estados, todos ellos, lo mismo los democráticos que los cabalmente totalitarios, vienen de la guerra y a la guerra vuelven, son inseparables de ella, y tanto más imprescindible les es cuanto más horrosas son las armas de que disponen. La existencia de la bomba atómica no hace más improbable el choque entre ellos; al revés: lo hace seguro y extremadamente próximo. Porque, no faltando en ninguno de ellos el afán de mantenerse soberano, y existiendo en algunos el frenesí de poder que les tienta a establecer su predominio, la peligrosidad de sus armas sólo sirve para exaltar su rivalidad y poner al rojo vivo sus conflictos. Cuando saben que quien da primero no tan sólo da dos veces, sino que también puede poner al contrario poco menos que fuera de combate, la mera posibilidad de dar un golpe decisivo es ya una causa de guerra: la primera y principal.

Hemos dicho en precedentes ocasiones que el dilema de este tiempo podría ser formulado así: o la anarquía o la guerra atómica. No lo dijimos con el intento de horrorizar a la gente, sino tan sólo para enfrentarla con la más implacable realidad. Y tal dilema no fué más que una versión — la actual, la de nuestra época — de otro ya bastante viejo, que todos nuestros maestros y precursores, como Bakunin, proclamaron al oponer a la guerra la revolución social. Pero siguen pasando por locuras los cuerdos razonamientos de Don Quijote, y en opinión de locos seguimos siendo tenidos los anarquistas. Nuestros avisos se pierden como clamores en el desierto, y la gente, en general, por ignorancia, por atavismo o por cobardía, no pone su confianza ni en nosotros ni en sí misma, sino en esos dementes a quienes llama políticos o estadistas, de sensatez devorada por la aberración del mundo, de sentido moral o contrahecho o extinto a fuer de supeditarse a toda razón de Estado. Y sería lamentable que nos hiciéramos la ilusión de que nuestras advertencias han sido o son escuchadas. Contemos con lo contrario y demos ya por seguro que los Estados rivales cometerán el supremo crimen, porque no valen para otra cosa y a ellos confía su suerte el mundo.

Rivalidad

de soberanías

Hay, sin embargo, pueblos que pueden hablar y pueblos amordazados, como también hay políticos sujetos a cierto grado de responsabilidad en el ejercicio de sus poderes y políticos libres de toda suerte de frenos, borrachos de autoridad, enfebrecidos por la más desatinada y delirante manía de grandezas. En Francia, en la Gran Bretaña, en los Estados Unidos, es posible todavía alzar la voz de la sensatez, oponerse a la locura que nos lleva hacia la guerra, y los políticos de los mentados países, por avezados que estén a supeditar razones a la suprema razón de Estado, véanse en la necesidad de tener un poco en cuenta la voluntad pacifista de los pueblos. Mas para nada vale esto cuando en Rusia y en los países sujetos a su dominio no hay libertad de opinión, no es posible en modo alguno hacer oír la sensatez y los nobles sentimientos populares, no cabe ni por asomo oponerse a los designios de unos cuantos megalómanos predispuestos a pegarle fuego al mundo. De ahí surge el peligro principal.

No es nuevo el caso. El belicismo de los Estados no es mal de naturaleza, sino fatal consecuencia de otro, que es el principio de autoridad, de dominio ilimitado, de absoluta y creciente soberanía. Todos, como dioses, creen existir de por sí, ser eternos y absolutos, tener virtudes de omnipo-

tencia y ubicuidad. Y es que, en esencia, son mitos, reminiscencias sociales del salvajismo, instintivas visiones subconscientes, pesadillas heredadas de la remota brutalidad y retorcidas hasta el delirio por la fiebre de la historia. Siendo esencial en cualquier Estado el germen de indiscutible soberanía, cuando ese germen encuentra terreno fértil en circunstancias más o menos favorables, se desarrolla; y basta el hecho de que germine en una nación para que al extenderse su exclusivismo, al dilatarse su imperio, al crecer los tentáculos mortales de su absoluta soberanía, los demás Estados, viéndose en peligro la suya, se dispongan a cortárselos y a desarrollar los propios mediante el recurso definitivo: la guerra.

El Estado

bolchevique

Todos los Estados, pues, deseen o no la guerra, la necesitan para extender su soberanía y, además, para guardarla, para existir ellos mismos manteniéndola. No hay, por lo tanto, más pacifismo efectivo que el que logre la extinción de los Estados, que el que destruya todos los órganos de poder, que el que seque el germen de soberanía, que el que permita a los hombres vivir sin autoridad. Como no hemos llegado a eso, el pacifismo anarquista — y es el único que vale — debe contar con la guerra, considerándola inevitable mientras existan Estados, y especialmente en esta encrucijada histórica, donde el ruso quizá nos salga al camino.

Mas, pese a ser inevitable la guerra, fácil ha sido — y acaso es posible aún — retrasar la que ya nos amenaza. Basta un examen, por somero que sea, del estado de cosas que hay en la URSS para advertir que su imperialismo es, más que indicio de fuerza, señal de debilidad, y para llegar a la convicción de que las armas en que confía no son las típicamente militares, sino mejor las políticas. El actual Estado ruso es una clase privilegiada, en la que hay varias subclases de interés general único, más de opuestos intereses singulares: el Ejército, el Partido Comunista, la Policía, los burócratas, los técnicos de alto rango administrativo... El Ejército lleva la voz cantante, con perceptible acompañamiento policiaco. El país, con su deficiencia técnico-cultural, los estragos éticos y sociales que en sus pueblos ha hecho el régimen, los destrozos causados por la guerra y el estar sujeto a un Plan Quinquenal que, como Goering, mejor quiere cañones que mantequilla, se encuentra en la miseria; y el Estado, que en los últimos años ha crecido hasta alcanzar increíbles proporciones, sabe que ese país es incapaz de mantenerle, de costear sus cuantiosos privilegios.

(Pasa a la tercera página)

Alerta, alerta, compañeros!...

(Viene de la primera página)

El imperialismo

rojo

¿Qué hacer, pues? Lo natural y lo justo sería reducir los efectivos del Estado, extirpar « la excrecencia parasitaria » de que solía hablar Marx. Pero esa tiene sus intereses creados, y ni está dispuesta a prescindir de ellos ni hay modo de arrebatarlos, ya que en sus manos, y sólo en ellas, están todos los recursos políticos y económicos. Cabría, al parecer, sacrificar los intereses particulares de tal o de cual subclase dentro de la clase que las abarca — la estatal —, pero el caso es que, como ocurre en el mundo capitalista con el Estado, la burguesía, la Iglesia, etcétera, tales suocases, aunque antagonicas entre sí, son interdependientes y solidarias en su conjunto, forman una sola clase, frena al país de que están viviendo. Así es que se han ante el dilema de aumentar la explotación del pueblo ruso hasta un extremo arriesgado para ellas mismas o cabalgario y meterle espuela, como a caballo cosaco, hasta hacerle saltar tal o cual barda fronteriza para emprender una aventura cuatrera. Y el dilema ha quedado decidido en pro de este último término.

¿Por qué? Bien fácil es descubrirlo. Porque el Ejército predomina en el Estado soviético, y es capaz de remolcar a las subclases conaouadas con él; porque ese Ejército, al acabar la pasada guerra, se vió cubierto de gloria y ocupando tierra ajena; porque ha visto a Europa en ruinas y ha advertido que las clases predominantes ayer en ella se encontraban deshechas, sin prestigio que perder y hasta dispuestas a suplicar — como, hace siglos, los senadores y generales romanos a los bárbaros — que el Estado « comunista » las librase de la inminente revolución; porque la dialéctica de la historia — interpretada a la manera de Marx — ha convencido a ese Estado de que el progreso no es crecimiento, evolución, desarrollo y mezcla, sino una serie de guerras entre tesis y antítesis reducidas a fuerza, o militarizadas.

La quinta

columna rusa

Pero, aun dispuesto a lanzarse a la conquista, el Estado ruso se sabe débil, y por eso ha confiado su ofensiva primordial, no a sus fuerzas militares, sino a sus fuerzas políticas, y especialmente a las reclutadas fuera de su propio campo, con las que está procurando sacar partido de las ajenas debilidades y minar la contraria fortaleza. De ahí, pues, que el verdadero pacifista, el que prefiere evitar o posponer la conflagración a perder tiempo lanzando maldiciones a la guerra, haya podido y todavía pueda hacer una excelente labor, que es apagarle la tea a los incendiarios que la han prendido en Moscú.

Creo, amigos — e insisto en ello porque parece que otros lo ponen en duda —, que desde hace dos años, y especialmente durante el último medio, no ha habido tarea más necesaria, más apremiante, que la de extinguir las injusticias y aberraciones de que se está aprovechando el Estado ruso para sus fines imperialistas y la de arrancarles sus antifaces — que no son pocos — a los agentes del Kremlin, a fin de que se les vea su criminal catadura y no puedan continuar engañando a los ingenuos.

Dije, hace ya varios meses, e insisto en ello con énfasis, que los bolcheviques son nuestro peor enemigo. Y quien me lo negará si se ha asomado al horror del « paraíso soviético », aunque haya sido a través de los libros destinados a cantar o? ¿Quién me lo desmentirá si compara el salvajismo del régimen bolchevique con el de otros de pareja naturaleza fascista, como el de Franco, y tiene en cuenta la formidable preponderancia de aquél en fuerzas? No podemos someternos a la ignorancia de nadie, ni a la influencia que ejerza la mendaz propaganda staliniana, ni a errores tan peligrosos

como el que implica creer que el sistema bolchevique es socialista o proletario, ni a cegueras como esas que impiden ver que no se ha llegado en Rusia ni aun siquiera al standard de evolución cultural, industrial, económica, política, filosófica y ética a que se llegó hace un siglo en la Gran Bretaña.

No temamos

sus calumnias

¿Qué han pedido para Rusia casi todos aquellos socialistas que consiguieron salir de allí? Lo que pedía Víctor Serge: un poco de democracia; libertad de palabra, de Prensa, de asociación; garantías constitucionales, Habeas Corpus, derecho de huelga... Cosas, en fin, que se le han arrancado a la burguesía, pero niega a tiro limpio el Estado bolchevique; cosas que a nosotros no nos bastan ni con mucho, pero que tienen por venturas casi utópicas los vasallos del zar rojo.

Es inmoral ocultar lo que se sabe del régimen bolchevique; es cobardía silenciarlo por temor a las calumnias de sus agentes, para quien es un fascista quien les quita la careta, y un mercenario de sus rivales quien les lleva la contraria, y un paniaguado de Franco quien se atreve a proclamar que el terror de éste, con todo y ser tan monstruoso, queda en mantillas al lado del de Stalin y su gente. Lo que esa diga contra nosotros debe importarnos un pito. Lo importante, por su parte, es lo que hace y está dispuesta a hacer, y por la nuestra, lo que digamos denunciando su peligro y lo que hagamos para librarnos muy rápidamente de él.

Han ganado ellos y hemos perdido nosotros unos meses de valor inestimable. Pero quedan semanas decisivas. Yo, compañeros, os doy la voz de alerta, especialmente a los que os halláis en Francia. El proletariado europeo no ha cumplido su deber, que fué acabar con el fascismo. Se opuso, sí, con valor al de origen derechista, pero abrió sus filas al de la izquierda, y todavía no ha sido capaz de echarlo de ellas; ni aun de notar claramente su verdadera naturaleza. Ahora está expuesto a que, con la excusa de hacer lo que él no ha hecho, frente a ese fascismo resurja el otro.

Conviene ponerse

en guardia

Advertid que en la Europa occidental están llegando las cosas a una situación de crisis: o los comunistas saltan a conquistar el Poder, o el Poder les destruye el trampolín, a menos que antes la clase trabajadora se apresure a repudiarlos, a expulsarlos con asco de sus filas, a tomar la iniciativa contra el fascismo de todos los colores. Creo que este mes de abril es de suprema importancia. Todo parece indicar que en sus primeras semanas se jugarán las primeras cartas quienes podrían cogernos entre dos fuegos. Mas todavía es posible hacerse oír, todavía hay algún tiempo para que el proletariado actúe con sensatez, con valentía, con la cuerda decisión que exigen sus intereses y los supremos del mundo entero.

Poco valdrá mi opinión, pero ella es que nosotros, los anarquistas, debemos adelantarnos a denunciar el peligro que más de cerca nos ronda y a conjurar contra él inmediatamente todos los ánimos libres, especialmente los proletarios. Se haga o no se haga, tengase en cuenta una cosa: el fascismo bolchevique ve en nosotros, precisamente por ser — como anarquistas, como rebeldes trabajadores, como verdaderos revolucionarios — la vanguardia de las fuerzas proletarias opuestas a su dominio, su primer enemigo ideológico, su absoluta negación. ¡Alerta, pues, compañeros, que intentará eliminarla! O se desarma ahora el brazo criminal o se está listo para rechazarle el golpe con la mayor energía. Lo menos que cabe es ponerse en guardia.

J. GARCIA PRADAS